

SOBRE “LA ESCRITURA DEL ESTE DE ASIA” (Segunda parte)

RUSSELL MAETH CH.

El Colegio de México

In years gone by, we managed to inflict upon your nation two of the greatest burdens known to mankind —Confucianism and the Chinese writing system. Now we in China have got rid of the first and are on our way to getting rid of the second. But it seems that you Japanese are to suffer the consequences of both for the rest of your history. This is a crime that China can never be forgiven for.

—Deng Xiaoping (*Asahi Shimbun*,
20 de julio, 1977)

Even to formulate a simple defense of the existence of the Japanese writing system —an apologia pro vita sua, as it were— is something that would drive most minds, no matter how innovative, to the brink of imbalance. To go the enormous step further and attempt to prove that the system not only has a right to exist, but is actually superior to any other known system of writing would, in most cases, simply provide the final push.

—Roy Andrew Miller (*Japan's
Modern Myth*)

ANTES DE CONSIDERAR ALGUNAS DE LAS CONSECUENCIAS prácticas del empleo del sistema de “la escritura del este de Asia” en la actualidad, quisiera aclarar un poco el término

mismo, cosa omitida en la primera parte de este breve estudio.¹ Parece muy dudosa la idea de que en el este de Asia de hoy exista siquiera tal sistema, sobre todo en términos de las distintas prácticas ortográficas en China, Japón y Corea. En realidad, existen *tres sistemas* muy diferentes:²

El coreano tiene una ortografía fonográfica más sofisticada que la de cualquier otra lengua del mundo. No sólo analiza los fonemas en cuanto a sus rasgos, sino que en la historia reciente, también ha estado representando los morfemas a un nivel cada vez más abstracto. El coreano hace las delicias del fonologista generativo.

El chino tiene una escritura morfé mica llevada al extremo. Aun cuando se ha producido la coalescencia total de una amplia gama de sonidos entre el chino antiguo y el moderno, el sistema de escritura sigue imperturbable, aunque la relación entre el chino escrito y el hablado se haya vuelto tensa. Un problema fundamental del chino en el mundo moderno es qué hacer en un horizonte cultural en expansión.

El japonés tiene un sistema mixto, con una escritura morfé mica y fonográfica (silábica). El japonés tiene uno de los sistemas más intrincados desde el antiguo hitita (que superpuso su propio oscurantismo *scribal* a los tomados del akadio/sumerio).

Como debe resultar más que obvio, los tres sistemas mencionados son de índole sumamente diferente, aunque acaso compartan un origen común. Además, desde hace siglos los sistemas basados en el sistema chino de escritura han pasado por un estado constante de deterioro. Por ejemplo, de los cuatro sistemas de escritura inspirados por los *hanzi* entre los siglos X y XIV —a saber, khitan (siglo X), tangut hsi-hsia (siglo XI), jürchen (siglo XII), y el *chumôn* vietnamita (siglo XIV)— los tres primeros ya habían desaparecido durante los primeros siglos a partir de su elaboración, mientras que el *chumôn* fue muy rápidamente reemplazado en el siglo XVII por el *quoc ngu* (alfabeto romanizado) introducido por los colonizadores fran-

¹ Véase Alberto López Habib, "Hanzi, Kandyi. La escritura del este de Asia, un pie en el siglo XXI", en *Estudios de Asia y África*, núm. 65 (julio-septiembre, 1985), pp. 486-505, y Russell Maeth Ch., "Sobre 'La escritura del este de Asia' (primera parte)", en la misma revista, núm. 71 (enero-marzo, 1987), pp. 62-69.

² Kenneth C. Hill, reseña de Geoffrey Sampson, "Writing Systems; A Linguistic Introduction" (Stanford, 1985), en *American Anthropologist* (89/1987), pp. 191-192.

ceses.³ El invento del alfabeto coreano en 1443-1444 creó otro rompimiento con el antiguo sistema de “la escritura del este de Asia”.⁴ Y no es posible, tampoco, hacer caso omiso del hecho de que en el mismo Japón hace más de un milenio que se desarrollaron el *Manyōgana*, el *jiragana*, y el *katakana*, todos sistemas silábicos inventados para reflejar más adecuadamente las complejas realidades morfofonémicas del idioma japonés. Al mismo tiempo, en épocas más recientes se ha podido observar, a partir de la segunda guerra mundial, la reducción radical del número de *kandji* de uso general en Japón a sólo unos 2 000 (= *toyo kandji*), la abolición eventual de todo el sistema, oficialmente programada en China,⁵ y su supresión total desde hace décadas en Corea del Norte. Uno diría que se trata apenas del perfil dinámico de un sistema de escritura ensalzado como uno de “los más idóneos del futuro”.⁶

El perfil del sistema en la plataforma de la práctica —y aquí estamos considerándolo principalmente en su aspecto japonés, como hizo el profesor López Habib— es igualmente tenebroso; ¿qué se puede esperar de un sistema que, por así decirlo, combina los embrollos del hitita antiguo con los oscurecimientos del sumerio y del akadio arcaicos?⁷ Ningún otro sistema de escritura conocido actualmente en el mundo, por ejemplo, requiere dos sistemas suplementarios (el *jiragana* y el *katakana*) para aumentar un tercero (el *kandji*). Lo peor de esta situación es que algunas personas toman los defectos obvios del sistema —su prolijidad superflua, su complicación y su embrollo— como si fueran virtudes.⁸ Se pretende que, aunque el sistema de hecho sí sea difícil, dicha dificultad en sí misma implique que se trata del mejor sistema del mundo.⁹ Así:¹⁰

³ J. Gernet, *A History of Chinese Civilization* (Cambridge, 1982), p. 33.

⁴ W. H. Nienhauser (ed.), *Indiana Companion to Traditional Chinese Literature* (Indiana, 1986), p. 305.

⁵ Véase P. J. Seybolt y K. K. Chiang (eds.), *Language Reform in China* (M. E. Sharpe, Inc./Dawson, 1979).

⁶ López Habib, *op. cit.*, p. 504.

⁷ Véase la cita tomada de la reseña de Kenneth C. Hill, p. 105.

⁸ Roy Andrew Miller, *Japan's Modern Myth; The Language and Beyond* (Tokio y Nueva York: Weatherhill, 1982), p. 185.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

Las patentes inconveniencias del sistema de escritura japonés son transformadas en virtudes [...], en particular el rasgo más complejo y agobiante del sistema: la forma en que emplea al menos dos mil caracteres chinos, que se tomaron prestados de otra lengua y cultura extranjeras para sus propios fines ortográficos.

A esta observación, su autor, el distinguido lingüista y japonólogo norteamericano Roy Andrew Miller, añade:¹¹

Esta persistencia del uso de la escritura china dentro del sistema japonés de escritura sigue siendo el colmo de la insensatez ortográfica, un disparate enorme que no se observa en ninguna otra sociedad moderna industrializada. Incluso el país donde se inventaron y usaron por vez primera estos caracteres, China, está iniciando espasmódicamente los intentos por poner en práctica una política nacional en la que el uso de los caracteres se erradicará lentamente a favor del alfabeto romano, como parte de una modernización global de la vida, la cultura y la sociedad de China en la República Popular.

Por otra parte, el mismo experto opina también que:¹²

Decir que el japonés utiliza hoy un sistema de escritura difícil y complejo es aventurar la más general de las afirmaciones. El japonés moderno se escribe utilizando aproximadamente dos mil caracteres chinos individuales, cada uno de los cuales se debe memorizar por separado no sólo en relación a cómo se escribe, sino también en término de las numerosas palabras distintas o partes de las diferentes palabras en las que se usa para escribir dentro del sistema de escritura japonesa. Junto con estos miles de símbolos gráficos tomados en préstamo de China, en la actualidad el japonés utiliza simultáneamente en su sistema de escritura dos conjuntos distintos de símbolos fonéticos silábicos, cada uno de los cuales consta de unos 50 símbolos. A diferencia de los caracteres chinos que se emplean en el sistema japonés de escritura, los símbolos que pertenecen a cada uno de estos dos sistemas silábicos de escritura no van con palabras específicas o con partes de las palabras dentro de la lengua. En cambio, se usan fonéticamente para escribir un cierto número limitado de palabras o partes de palabras, pero siempre conjuntamente con los caracteres chinos.

Y el profesor Miller concluye:¹³

¹¹ *Ibid.*

¹² Miller, *op. cit.*, p. 172.

¹³ *Ibid.*

Todo el sistema japonés de escritura es un peso tremendo sobre la memoria y un peso aún mucho más grande sobre la tecnología. [...] Esto [= la adaptación del sistema de escritura a las necesidades de una tecnología electrónica avanzada] se ha hecho a un costo muy grande y bastante innecesario, tanto para el sistema industrial como para la sociedad del país [...].

El costo tremendo en términos humanos del empleo de un sistema semejante (“¡uno de los más idóneos del futuro!”) se enumera muy detalladamente en el reciente estudio de John DeFrancis titulado *The Chinese Language: Fact & Fantasy*.¹⁴ Aquí, por razones de espacio, enfocaremos sólo dos aspectos de los analizados por DeFrancis: el del malgasto de tiempo que implica la mera adquisición de un sistema de escritura tan desesperadamente complicado, y la influencia nociva que tiene ese sistema sobre la tasa de alfabetismo (o sea, la capacidad socialmente funcional de leer y escribir) en los países que todavía mantienen los *hanzi/kandji*.

Según DeFrancis (citando fuentes oficiales publicadas), los chinos admiten con toda franqueza las consecuencias desastrosas, tanto para la juventud inocente como para el desarrollo futuro del país en general, que tiene el sistema de escritura que les echaron auestas:¹⁵

Con frecuencia se señala que los niños chinos deben dedicarle a la tarea de aprender a leer y escribir al menos dos años más que sus colegas occidentales. En un artículo titulado intencionalmente “No podemos seguir perdiendo tiempo”, un escritor cita el cálculo frecuentemente mencionado de que “De no cambiar nuestros caracteres chinos y con una población de cerca de mil millones de habitantes, si cada persona malgasta dos años, entonces en cada generación se pierden dos mil millones de años-[hombre]” (Li Yisan, 1979: 4). La Declaración de la Asociación para la Reforma de la Lengua China de las Instituciones de Enseñanza Superior añade a esta pérdida de tiempo otros tres años por cada período de vida, debido a la ineficiencia de los caracteres respecto de la escritura alfabética (Asociación, 1981:284). En una población de mil millones de personas alfabetas, esto produciría el desperdicio total

¹⁴ John DeFrancis, *The Chinese Language: Fact & Fantasy* (Hawaii, 1984); véase especialmente la sección III (pp. 131-220), “Demythifying Chinese Characters”.

¹⁵ DeFrancis, *op. cit.*, p. 219, citando a Li Yisan, *Hanyu Pinyin Bao*, 195:4, y Chinese Language Reform Association, *Yuwen Xiandaihua*, 5:284-287, respectivamente.

de cinco mil millones de años-hombre en cada generación, una cifra que probablemente sea una subestimación importante.

Es bastante probable que en el caso del japonés la tasa de malgasto de tiempo sea aún más alta, dado que están involucrados no menos de tres sistemas de escritura que deben aprenderse al mismo tiempo, además de muchos problemas propios no compartidos por el chino (por ej., la variedad de *on* y de *kun*, o sea, de lecturas que pueden tener un solo carácter).¹⁶ Aun un país tan próspero como el Japón ¿puede darse indefinidamente el lujo de malgastar cinco años-hombre mínimo por cada ciudadano en cada generación?

Otro punto analizado por DeFrancis es el de la alta tasa de alfabetismo que se dice ostenta el este de Asia. Aquí vale la pena citar *in extenso* a nuestro autor, sobre todo porque se trata en este caso del Japón mismo, donde se ha hablado oficialmente de una tasa de alfabetismo de 94.7 por ciento:¹⁷

Una investigación realizada por un académico alemán respecto del alfabetismo del Japón de la preguerra señalaba que los requisitos para graduarse después de seis años de escolaridad —que era toda la educación recibida por la mayor parte de los japoneses— incluían la capacidad de leer y escribir 1 360 kanji y de reconocer otros 1 020, esto es 2 380 en total. Pruebas realizadas entre los reclutas pocos años después de la graduación revelaron que los jóvenes con una educación de escuela pública recordaban cómo escribir un promedio de sólo 500 o 600 caracteres y que incluso sólo reconocían 1 000 de los 2 380 que alguna vez habían aprendido (Scharschmidt, 1924: 183-186). Con un conocimiento tan limitado de los caracteres, estos jóvenes habrían retrocedido a un estado de analfabetismo, a no ser porque los símbolos fonéti-

¹⁶ Véase la tabla proporcionada en López Habib, *op. cit.*, p. 492, donde un solo carácter ostenta no menos de once distintas pronunciaciones: el caso no es único ni singular.

¹⁷ DeFrancis, *op. cit.*, pp. 216-218 (citando respectivamente a: Clemens Scharschmidt, "Schriftreform in Japan: Ein Kulturproblem", en *Mitteilungen des Seminars für Orientalischen Sprachen* (1924) 26-27 (1), 183-184, y J. R. Nuestrupny "Literacy and Minorities: Divergent Perceptions", en F. Coulmas (ed.), *Linguistic Minorities and Literacy* (La Haya, 1982); la cifra de 94.7% se cita en Miller, *op. cit.*, p. 186, seguida por el siguiente comentario: "No country anywhere in the world could possibly have such a high literacy rate for the simple reason that in any normal population sample, the number of adult individuals whose mental development is sufficiently advanced to permit them to learn to read and write anything [...], does not come anywhere near the official figure quoted for Japanese literacy".

cos furigana se proporcionaban junto con los kanji como una ayuda a la lectura y los símbolos fonéticos kana estaban a la disposición como un sustituto para escribir los kanji olvidados. En el Japón de la posguerra, los furigana dejaron de añadirse automáticamente a los caracteres, pero los caracteres empleados en las publicaciones se redujeron a 1 850 (actualmente han aumentado a 1 945), de los casi 7 000 que anteriormente constituían los tipos de un periódico. Al igual que antes, los símbolos kana se entremezclaban con los caracteres cumpliendo funciones tales como las de marcar el caso y como finales de verbos y adjetivos, pero se les adjuntó la función de proporcionar un reemplazo fonético de los caracteres abandonados. Esta reforma ortográfica, combinada con un avance sin precedentes en el estándar de vida de la población, ha producido resultados que son algo mejores que antes de la guerra, pero de ninguna manera tan grandes como generalmente se cree. El resumen de los resultados de una encuesta realizada por el Ministerio de Educación en 1955-1956, entre sujetos de 14 a 26 años de edad en dos áreas seleccionadas —Tokio y Japón nororiental— Neustuphy (198?) señala que aquellos a los que se les consideraba “que no poseían capacidad en el uso del lenguaje escrito” constituían aproximadamente 10% de la muestra de Tokio y 15% de la muestra de noroeste, y que al otro 50 o 60% respectivamente también se le juzgó con falta de capacidad suficiente y, por lo tanto, podían ser clasificados como analfabetos funcionales.

En fechas más recientes, Sato Hideo, jefe de la Sección de Investigación de Documentos Históricos del Instituto Nacional para la Investigación Educativa del Ministerio Japonés de Educación, ha calculado que los graduados de la escuela pública, que ahora tienen 9 años de escuela obligatoria, siguen pudiendo conocer los 1 945 kanji, pero pronto olvidan cómo escribir más de unos 500 (1980: información personal). En lo que respecta a esta limitada ortografía de los kanji, podrían considerarse como alfabetos en lectura, pero muy probablemente analfabetos en escritura. Más precisamente, su alfabetismo en lectura consiste en leer la mezcla de kanji en parte fonéticos y de kana puramente fonéticos, mientras que su alfabetismo en escritura se limita en gran medida a escribir fonéticamente. Tal es la realidad concreta de lo que Neustuphy llama “el mito del 99% del alfabetismo” en el sistema de escritura japonés basado en los caracteres.

Además, aparte del uso de los kana por parte de los japoneses analfabetos en la escritura de los kanji, en muchos aspectos de la vida japonesa también se utiliza la escritura silábica simple, incluso por parte de japoneses alfabetos en Kanji. Tal es el caso de la tecnología de la computación y tiene aplicaciones generales en la escritura informal porque los kana son mucho más fáciles de manejar que los kanji. Existen incluso áreas, tales como el télex, donde el *romaji* es el medio preferido o exclusivo de comunicación. Así, la política japonesa de limitar el número de kanji en el sistema de escritura ha desembocado en consolidar el uso restringido de los caracteres a actividades tan obvias como

la enseñanza escolar mientras que se ha extendido el papel de los kana y del romaji en campos de menor divulgación.

Lo sorprendente de lo antedicho es no sólo el hecho de que aparentemente entre 60 y 75% de la generación de la posguerra en Japón fuera de un modo u otro analfabeta —igual, al parecer, que sus predecesores de los años veinte— sino que estas estadísticas provengan de innegables fuentes oficiales japonesas. Otro punto señalado por DeFrancis, y que resulta sorprendente, es el papel *cada vez más delimitado* que juegan los *kandji*, en contraste con el papel *cada vez más expansivo* de los silabarios (*kana*) y aun del *rōmaji* (alfabeto romano). En cuanto a la situación en China —donde no se cuenta con ninguna alternativa fonética de uso diario a los caracteres— DeFrancis señala, respecto de una pretendida tasa de analfabetismo de sólo 14%, para 1980:¹⁸

[...] La Oficina de Estadística Estatal, sobre la base de un censo nacional llevado a cabo el 1º de julio de 1982 [...], señala que de la población total de 1 008 175 288 habitantes en China continental, “los analfabetos y semianalfabetos (gente de 12 años y más que no puede leer, o que sólo puede leer unas pocas palabras) en las 29 provincias, municipios y regiones autónomas asciende a 235 820 002 [...]”.

Sobre tales conclusiones, el mismo autor opina que:¹⁹

Es probable que no haya que confiar demasiado en la primera cifra de 14% de analfabetismo y en la última de 23.6%, puesto que además hay muchas imprecisiones en cómo definir y determinar el alfabetismo. No hay duda, sin embargo, de que como las cifras precisas producen la ilusión de precisión, se hará gala de las nuevas cifras de 23.6% de analfabetismo o de 76.4% de alfabetismo como si fueran verdad revelada [...] en lugar de como cuentas virtualmente inútiles que es lo que son realmente.

El problema en China se basa quizá en “el alfabetismo por definición”.²⁰ Otra vez, según DeFrancis,²¹

¹⁸ DeFrancis, *op. cit.*, p. 206.

¹⁹ DeFrancis, *op. cit.*, pp. 206-207.

²⁰ DeFrancis, *op. cit.*, pp. 204-208.

²¹ DeFrancis, *op. cit.*, p. 205.

Si el alfabetismo apunta muy bajo se le podría atribuir un gran éxito a los caracteres tanto en la era imperial como en la actualidad. El analfabetismo se puede eliminar definiéndolo como carente de existencia, que fue lo que hizo aparentemente la Banda de los Cuatro [...] cuando proclamó que China no tenía ya ningún analfabeto.

Según una sombría estimación contemporánea, no obstante, es probable que la mitad de la población china ni siquiera pueda reconocer 100 caracteres, mientras que sólo 10% es capaz de leer un periódico.²²

En la primera parte de este breve ensayo aclaramos el hecho de que, lejos de ser los *hanzi/kandji* un sistema de escritura “visual”, instantáneo y universalmente inteligible, se trata al contrario de un sistema que, al igual que todos los demás sistemas de escritura elaborados en el transcurso de la historia, se relaciona estrechamente con ciertos elementos del habla, en este caso el morfema, cuya relación con el signo que los representa es puramente convencional y algo que hay que aprender de nuevo en cada caso concreto. En la segunda parte, enumeramos el alto costo práctico en términos humanos del uso de tal sistema (en realidad tres, o ¡cuatro!, si incluimos el *romaji*) especialmente en lo que se refiere al aprendizaje (por lo menos dos años-hombre perdidos por estudiante en comparación con el aprendizaje del sistema de escritura alfabético) y a la alta tasa de analfabetismo que, a pesar de varias pretensiones al contrario, impera al parecer todavía en los países que conservan aún los *hanzi/kandji*. Observamos también una marcada tendencia histórica, precisamente en el este de Asia, a alejarse del uso de los *hanzi/kandji* y emplear cada día más silabarios y alfabetos.

¿A qué podemos atribuir entonces la defensa tan fogosa de las supuestas virtudes de ese sistema, que hiciera el profesor López Habib? La respuesta reside quizá en parte en el hecho

²² *Ibid.*; comunicación particular (1980) al autor de Zhou Youguang, miembro del Comité sobre la Reforma del Idioma Chino. Es importante recordar, empero, que aun 10% de la población china, asciende a más de 100 000 000 de almas! Es interesante notar que el promedio de varios estudios citados por DeFrancis (pp. 205-206) sobre la tasa de alfabetismo en la China imperial también da un promedio de un diez por ciento de la población.

de que las nociones del profesor son compartidas en gran medida por los japoneses mismos y de hecho constituyen una parte central de lo que ha sido llamado el "mito moderno japonés".²³

Sobre el análisis de este mito, realizado por el profesor Miller anteriormente citado y especialmente sobre su libro *Japan's Modern Myth*, un erudito muy conocido opinó hace poco lo siguiente:²⁴

En su distinguida obra, *The Japanese Language* (1976), Miller sometió la lengua japonesa a un escrutinio científico, tanto lingüístico como filológico. En este nuevo libro, Miller examina la misma lengua tal como es vista por los japoneses y demuestra cómo éstos, en su fascinación obsesiva por su propia lengua, han creado un mito, un manojo de creencias, convicciones y juicios de valor que no es menos viable porque sea con frecuencia contradictorio y científicamente especioso.

Algunos ejemplos: primero, Kunio Yanagita, etnólogo y folklorista, un erudito verdaderamente deificado en Japón, ha dicho sobre la lengua japonesa que "el japonés moderno tiene un vocabulario de una pobreza sorprendente. Tiene muchas palabras, pero todas se inclinan en una dirección. También es pobre en los tipos de estructuras sintácticas disponibles, así que para ensamblar una oración siquiera moderadamente larga, cualquiera ha tenido la experiencia de no poder llegar a algo que no sea simplemente insulso y fastidioso" (M. p. 115). Segundo, uno de los delegados de una conferencia sobre los problemas de la enseñanza del japonés para extranjeros, realizada en Tokio en marzo de 1978 señalaba: "No se trata de que nosotros no queramos enseñarle un japonés genuino a los extranjeros; se trata de que no podemos hacerlo. No podemos, porque para aprender un japonés real —para hablarlo o comprenderlo— los extranjeros tendrían que pensar como lo hacemos nosotros los japoneses. Pero esto, claro está, es imposible" (279). Por último, el doctor Tadanobu Tsunobu hace poco ha tratado de demostrar cómo la supuesta unicidad de la lengua japonesa se refleja en una correspondiente unicidad del cerebro japonés (66-83).

Tal como lo plantea el subtítulo de Miller, la fascinación de la gente japonesa por su lengua —su imaginaria pureza, dificultad, inferioridad (o superioridad)— es de hecho una fascinación consigo mismos como gente y como raza. (El venerable axioma antropológico que distingue

²³ Véase la nota núm. 8. El profesor Miller abarca el mismo tema en otras dos publicaciones: *The Japanese Language in Contemporary Japan* (1977) y *Origins of the Japanese Language* (1982).

²⁴ B. E. Wallacker, reseña de *Japan's Modern Myth*, en *Language*, vol. 59, núm. 3 (1983), pp. 701-702.

raza de lengua/cultura es ignorado por aquellos que proponen el “mito moderno” del Japón.) Enfrentados a la historia-montaña rusa del siglo pasado, los japoneses buscan por donde pueden para explicar su identidad. La tesis de Miller es que enfocan gran parte de su búsqueda en la lengua.

Este mito, según el profesor Miller, se ha desarrollado a partir de la tendencia de los japoneses modernos a identificar su lenguaje, *kokugo* (el verdadero japonés que ellos hablan entre sí, *vs.* *nihongo*, una especie de “japonés para los extranjeros”), no sólo con su cultura sino con su total identidad nacional. Según otra evaluación recién publicada de la tesis del profesor Miller:²⁵

[...] muchos académicos japoneses eminentes, sobre todo lingüistas, tienen la idea de que la lengua japonesa es *sui generis*, de que tiene un espíritu o alma único (*Kotodama*) [...], y que en este sentido [el mito] reúne conceptos de moda en la actualidad acerca de la identidad japonesa: esa otra hidra, la *Nijonjinron* [= la cuestión del pueblo japonés].²⁶

Este mito es, por supuesto, objetivamente falso: el japonés sí es único, ¡pero también lo es cualquier otro idioma!²⁷ El problema, no obstante, es que como señala el profesor Miller, “el mito moderno japonés” llegó a ser, en los años de la posguerra, el mito que sustenta toda la identidad japonesa. Quizás por esta razón, cualquier objeción que se haga a no importa qué aspecto del idioma es automáticamente rechazada por los japoneses mismos y por sus partidarios. No sólo éste, sino también todos los aspectos del idioma, inclusive el sistema de escritura, habrán de ser elogiados y fomentados a pesar de todo. Posiblemente, en un leal afán por apoyar este mito, el profesor López Habib haya sido llevado a pasar por alto ciertas realidades teóricas y prácticas para hablar en cambio de un sistema de escritura, “uno de los más idóneos del futuro”, que para desgracia de él, no existe.

²⁵ Lewis Allen, reseña de *Japan's Modern Myth*, en *Monumenta Nipponica* (XXXVIII: 3), p. 333.

²⁶ Los chinos, que yo sepa, no comparten de ninguna manera semejantes ideas sobre la naturaleza de su idioma o su sistema de escritura.

²⁷ Allen, *loc. cit.*